



(Los Portales de Matanzas.)

ISLA DE CUBA.

ARTICULO III.

Pero si como hemos dicho antes, no es la Habana una ciudad en que haya edificios hermosos que admirar, porque es una ciudad sin recuerdos, salida de las olas hace pocos años, su movimiento mercantil, su lujo y su creciente y rápida civilización la elevan á una altura mayor de la que por aquí se le concede generalmente. Por desgracia el decir que un país está en algunas cosas mas adelantado que el nuestro, no es hacer su apología; pero siendo la isla de Cuba una simple colonia de España, es notable que esceda á la metrópoli en ciertas ventajas de ilustración y progreso. Apenas cuéntase entre nosotros un camino de hierro recién hecho, y otro en obra, y ya parten de la Habana para distintas direcciones de la isla. La Real Junta de Fomento se ocupa con tanto celo é inteligencia en la prosperidad de Cuba, y dispone al mismo tiempo de recursos tan inmensos, que no vacilamos en asegurar que la preciosa Antilla española será dentro de breves años uno de los países mas poblado de caminos de hierro. De aquí la frecuente y cómoda comunicación de la capital con los departamentos: de aquí tambien el activísimo comercio entre los puertos y tierra adentro, que se engruesa despues y sube á un punto inconcebible por toda Europa.

No vacilamos en decir que la Habana es una ciudad deliciosa; sus afueras, que esceden en estension á la parte primitiva, cerrada por débiles muros, ostentan casas nuevas y quintas magníficas con jardines encantadores; su bahía está constantemente llena de buques, los cuales forman por su crecido número una especie de montaña sembrada de las banderas comerciales del nuevo y viejo mundo; sus paseos son floridos, estensos y de un gusto exquisito; sus costumbres blandas y hospitalarias; las mugeres, en fin, de atractivos irresistibles. Cuando un europeo ha llegado á *aplantarse*, voz con que allí se espresa la aclimatación, no puede olvidar nunca la Habana: las reyertas constantes y sin fundamento que hemos observado allí entre criollos y peninsulares, no pueden compararse sino á las de los muchachos que no se reunen mas que para reñir, pero que no dejan de reunirse nunca.

La índole de estos artículos no nos permite estendernos mas hablando de la capital de Cuba; basta á nuestro propósito la ligera idea que de ella hemos dado á nuestro lectores, quienes nos acompañarán en una escursión por la isla.

Matanzas es sin duda la población de Cuba, así en su importan-

cia comercial y territorial, como en el trato y cultura de sus moradores. Su posición topográfica será sin embargo una rémora constante al aumento de aquellos; está construida casi sobre la ribera del mar, entre varias alturas que la sepultan y roban la libre circulación atmosférica. Corren por ella dos poéticos rios llamados *San Juan* y *Yumuri*. Este último se dilata por el hermosísimo valle del mismo nombre, que es una de las obras mas grandes de la naturaleza. Matanzas es patria de los poetas cubanos mas distinguidos; en ella nacieron Plácido y Milanes. Heredia, aunque nacido en Santiago de Cuba, residió en Matanzas desde muy niño, y allí bebió sus grandes inspiraciones. Hé aquí las noticias históricas que de esta población he podido recoger. Desde siglo y medio atrás sobre poco mas ó menos data su fundación, llamándose desde aquella época *San Carlos Alcazar de Matanzas*. Su nombre primitivo, que aun tiene hoy en la poesía, es el de *Yucaya*: así se llamó el terreno en que está situada y que estaba habitada por los indios, segun escribia el mismo Diego Velazquez. Hasta 1809 en que se le concedió el libre comercio, su tráfico habia sido casi nulo, reduciéndose en su mayor parte á remesas que hacia á la Habana de sus frutos; pero desde la mencionada época tomó aquel un vuelo tan grande, que ya comercia directamente con los principales mercados de Europa, y cuenta las mismas relaciones mercantiles que la capital. Segun el Sr. Paey, hábil geógrafo cubano, asciende á doce mil habitantes el conjunto estadístico de la ciudad. Dista 22 leguas de la Habana, y se comunica con esta por una línea de hermosos vapores que hacen la travesía en cuatro horas y media, por el ferro-carril que adelanta cerca de una. Entre las eminentes lomas que circundan á Matanzas, distínguese por su elevación y fama la del *Pau*, que rivaliza con el Peñon de Gibraltar, y el Pico de Tenerife, y que forma con el *Chimborazo* las dos eminencias mas pronunciadas de América. El *Pau*, cantado tan tiernamente por el autor de la Oda al Niágara, es uno de los primeros puntos que reconocen los navegantes al entrar en las aguas del mar de las Antillas. Ningun edificio regular tiene aun el pueblo de que nos ocupamos, si se exceptua un ancho y cómodo hospital que se está construyendo, á la izquierda del Paseo de Cristina, notable solo por la rectitud de sus largas calles y la melancolía de sus innumerables cipreses. Cuando nosotros abandonamos estos lugares, que hará exactamente un año, se pensaba seriamente en la creación de un buen teatro, que reemplazase al actual, tan mezquino y pobre como no recordamos haber visto otro. Su local es tan reducido, y las puertas que conducen al escenario tan estrechas, que hubo en cierta ocasion que rescindir una contrata, á causa de no poder entrar por ellas una actriz que se habia permitido engruesar mas de lo ordinario.

Esta es la ocasion de que satisfagamos el deseo que hace tiempo

28 DE JULIO DE 1850.

abriga nuestro corazón; al hablar de Matanzas no olvidaremos á una pobre niña que vive ignorada á cuatro leguas de la población, en la confluencia de los ríos Moreto y Canimar, y cuya disposición para la poesía es extraordinaria. Su nombre es Luisa de Molina, y sus versos corren ya en manos de todos los hombres entendidos de Cuba, que anuncian á la autora un brillante porvenir en las letras. Un amigo nuestro, compañero de redacción en la Habana, le hizo una visita en 1847, que describe de este modo: «Crecía nuestra curiosidad con estos indicios (la fama que Luisa había ya adquirido); para satisfacerla escogimos un hermoso día de primavera, y acompañados de dos amigos, nos dirigimos al tumbadero de Canimar, distante cuatro leguas de Matanzas. Allí desagua el río Moreto. Vadeámosle donde mezcla sus aguas con las del Canimar, y tomando un camino que parte de su ribera derecha, y que sigue luego cortado en las rocas de un cerro montuoso, salimos á un llano lindísimo, donde á poca distancia nos señaló un pasagero el *Sitio de las Molinas*, entre nosotros y el río. Diónos entrada en él una senda áspera y angosta, que por entre la espesura de alta maleza nos llevó hasta el patio ó batey del *sitio*. Era reducido y estaba sembrado de rosales de Jericó y de mosquetas, y de algunas plantas aromáticas. En medio estaba la casa toscamente fabricada con maderas y guano. Tendría sobre treinta pies de largo y quince de ancho. Su aspecto indicaba suma pobreza. A la puerta nos recibió una señora como de 45 años, quien luego que supo el objeto de nuestra visita, nos invitó cordialmente á que entrásemos en su casa. Estaba dividida en dos partes iguales; entramos en la una que servía de sala, y serían hasta cuatro las jóvenes que vimos allí ocupadas en labores de costura. Nuestra mirada curiosa se fijó en una, que sin ser la mas agraciada, se distinguía por su fisonomía altamente espresiva de inteligencia y de modestia. Preguntamos por Luisa, y su madre nos señaló á la que habíamos ya adivinado. La historia de su vida es breve y sencilla. Tras largos y constantes afanes de industria y economía, su padre había proporcionado á su familia una subsistencia libre de inquietudes, si no de trabajos. Pero contrastado por la fortuna, desapareció un día, y la madre de Luisa ignora si debe llorar su viudez ó su desamparo. Puede colegirse de lo que llevamos dicho cual sería la educación que aquella recibiera. Reducíase á saber la existencia de un Dios, y á dar malas puntadas con la aguja. Pero su alma templada para vibrar en otra escala mas alta, daba claras muestras de lo que llegaría á ser. Desde muy niña se gozaba en la contemplación de la naturaleza, en emitirla, y aun en arrancarla algunos secretos. Así es que se paraba algunas horas á la orilla del arroyo Moreto, de los mas pintorescos de Cuba; ó bien se ocupaba en extraer el zumo de algunas plantas, y valiéndose únicamente de los medios que le sugería su ingenio, hacia tintas de varios colores, con las que pintaba ya una rosa, ya un pájaro, ya, en fin, una figura humana... Pero el verdadero talento se ilustra á sí mismo, y la niña pensativa, conoció que necesitaba estudiar. Con increíble constancia aprendió sola y en poco tiempo á leer y escribir tan bien como la señorita mejor educada; aunque estos conocimientos, que tantas vigilias le costaron, no le sirvieron entonces sino para hacer apuntes familiares, ó leer tal cual novelilla, lectura asáz, insípida para su delicado gusto, si hemos de juzgar por la repugnancia con que nos ha dicho las leía. Una mañana en que se paseaba por las orillas del arroyo, delirando con sus sueños de poetisa, halló junto al tronco de una ceiba un libro viejo y desvencijado. ¡Qué hallazgo! era un volumen de las obras de san Agustín; y ved aquí la primera lectura jugosa que saboreó su espíritu. Este suceso, que hubiera sido casi indiferente para los que tenemos alguna preparación, y la ventaja harto desaprovechada de poder leer casi todos los libros que deseamos, fué para ella de suma importancia, porque elevó el curso de sus pensamientos á una region que le era desconocida hasta entonces, despertando en ella el deseo de hacer buenas lecturas; porque selló su alma con ese espíritu religioso que se vé en la mayor parte de sus composiciones; y porque detuvo y anudó sus ardientes fantasías, señalándoles un camino ancho y ameno; á la manera que muchos arroyuelos impetuosos que bajan turbios por enriscados montes y ocultas honduras, se pintan en un manso lago para salir luego á fertilizar la llanura, unidos en un solo río de abundante, limpia y sosegada corriente.»

A las anteriores palabras de nuestro ilustrado amigo el señor Aguiar, añadiremos que Luisa de Molina llegó á hacerse de algunos libros de escogida lectura, que varios jóvenes aficionados á las letras le remitieron desde Matanzas; que con esta ayuda, y los consejos de personas entendidas que se han apresurado á imitarla, sus facultades han tomado un desarrollo notable y que espanta á cuantos la ven y oyen, si se tiene presente que no ha salido nunca del sitio anteriormente bosquejado; y que en fin, la situación lamentable en que se halla, y lo que su genio promete, están reclamando un pronto auxilio de la providencia, que confiamos la sacará algún día de allí, y mejorará su suerte. Luisa de Molina tiene 27 años de edad: su

talle es agraciado, su rostro pálido y trigueño, sus ojos negros é inteligentes. El conjunto que forman su modestia, talento y gracia, la hace vivamente simpática para cuantos la tratan. Aunque plagada de defectos, harto disculpables en verdad, no podemos resistir al deseo de insertar á continuación algunas décimas de una larga composición de Luisa Molina, que obra en poder nuestro.

A la margen de Moreto
tortuoso y oculto río,
que peñascoso y sombrío
presenta salvaje aspecto:
allí el divino decreto
nos inspira amargas penas
y en sus márgenes amenas
su desdicha están gimiendo
tristes lágrimas vertiendo
en sus corrientes serenas.
En su ribera sombría
y su raudal pobre y lento,
la imagen de su tormento
y de su desdicha impía:
tristeza, melancolía
por sus contornos vagando,
han pasado suspirando
con temores y esperanza,
el iris de la bonanza
siempre del cielo esperando.
Allí vi la luz primera,
allí el dolor conocí,
allí misera jemi
en situación lastimera;
allí vi la primavera
con sus galas florecientes,
del Moreto las corrientes
y sus bellas clavellinas
y en sus aguas cristalinas
lloré lágrimas ardientes.

En la gruta misteriosa
de árboles coronada,
yo, tórtola infortunada
lloré triste y congojosa;
y en la vega silenciosa
de alta loma suave falda,
entre alfombras de esmeralda
que riega veloz Moreto,
¡cuántos amargos secretos
ay Dios esta vega guarda!

La apacible tarde llega
y el céfiro delicioso
vierte encanto misterioso
en la solitaria vega:
á la tristeza se entrega
la mente, y sin confusion,
en dulce cavilación
envuelve el pesar profundo;
¡cuán engañoso es el mundo!

¡cómo halaga el corazón!
Si es dulce esta soledad.
y el céfiro aquí recrea,
y la brisa errante ondea
de plantas la variedad;
¿por qué la felicidad
aquí no tiene su asiento,
y el ánimo turbulento
en sí no encuentra reposo?
¡sentimiento misterioso
que no alcanza el pensamiento!

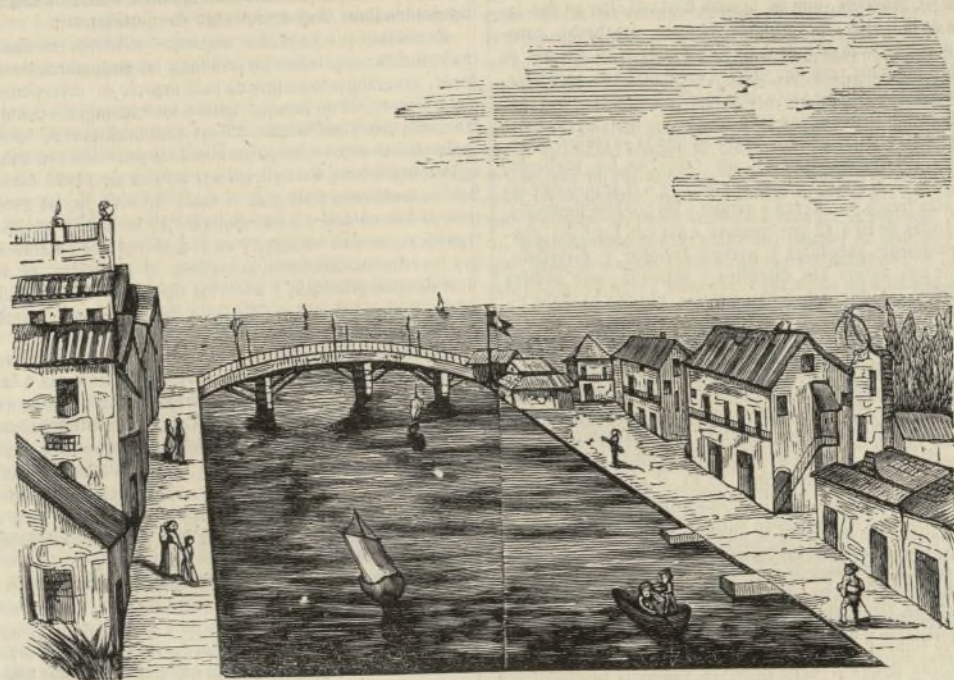
El lector habrá notado que en los anteriores versos brilla un tinte de suave y poética melancolía, y una facilidad que revelan buenos dotes naturales en la inculta poetisa del Canimar. Nosotros al ser los primeros que de ella hablamos en España, sentimos un verdadero placer, al par que desempeñamos un deber de justicia. Sépase cuando menos que existe Luisa de Molina.

Comprometido ya el susodicho lector á acompañarnos en nuestro viaje por la isla, pudiéndose dar por muy satisfecho de no tropezar con los inconvenientes que nosotros mismos experimentamos, y de no hacerlo por las mismas idénticas razones, nos apartamos de Matanzas y sus cercanías para ir á los famosos baños de San Diego, y los Portales del propio nombre que representa la precedente lámina.

En el siguiente artículo daremos la categórica esplicacion de este sitio admirable, y de los baños de San Diego que tanto recomiendan los médicos de aquel país, y de que cuentan prodijios. Nos hemos

estendido mucho, y es justo suspender la narracion hasta el próximo número.

EMILIO BRAVO.



(Vista de Matanzas.)

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Castro-Urdiales es sin duda alguna la poblacion mas importante de toda la montaña de Santander, despues de la Capital. En otro tiempo fué mucho mayor que al presente, como lo demuestran algunos vestigios de casas y otros edificios, é igualmente varias ruinas de iglesias, fuera del recinto que hoy ocupa. Estrechándose cada vez mas, los acontecimientos de la guerra de la independencia le dieron el último golpe. Los franceses se dirigieron sobre esta Villa, el año de 1813; Palomini con su division italiana y Clausel con la francesa, á las que se reunió despues la del general Foy. Los sitiados se defendieron con un valor y una constancia admirables; no quisieron entregarse aun cuando conocian el número muy superior de sus enemigos mas aguerridos; hasta que, abierta brecha por los sitiadores y verificada la escalada por varios puntos, los sitiados se refugiaron al castillo, y de allí se fueron embarcando á bordo de los buques ingleses, muriendo gran parte de ellos, porque se lanzaban de una altura imponente y en medio de peñascos, cayendo en la mar sin que pudiesen ser socorridos en medio de la confusion y del tumulto. Los franceses entraron á saco; pasaron á cuchillo á muchos habitantes, y pegaron fuego á las casas, presentando la poblacion un espectáculo de horror y de sangre. En la sala de sesiones del ayuntamiento hay un cuadro bastante largo y tambien bastante mal pintado, pero que ofrece á la vista el deplorable suceso á que me refiero. Desde entonces acá se han construido casas elegantes y del gusto moderno, que forman una bella perspectiva hácia la mar, en figura de una concha bañada por las olas embravecidas y tempestuosas de la costa de Cantabria, pues este es uno de los puertos en que baten y se estrellan con mas fuerza; y á pesar de esto y de las tormentas que allí reinan por el invierno, los navegantes que no pueden arribar á ningun otro muelle ni bahia del litoral del norte de la Peninsula, van á buscar abrigo y tranquilidad en la dársena de Castro-Urdiales, en la que se hallan con toda seguridad como en un gran estanque, y en la que se ven embarcaciones de varios portes, especialmente polacras, balandras, lugres y queches. Lo que perjudica mucho al puerto es la reunion de dos rocas escarpadas y unidas artificialmente por

dos grandes arcos de piedra, que son una prolongacion avanzada sobre el mar y contigua al peñasco en que están situados el castillo y la iglesia. Aquellas aberturas dan entrada á la fuerza del oleaje, que en aquel sitio se levanta y arremolina y tambien facilita el impetu de los vientos que soplan con fuerza por aquella parte. Se ha tratado hace ya tiempo de cerrar dichos boquerones; se han hecho asimismo algunas diligencias para construir un muelle espacioso, en cuya obra ha trabajado un entendido ingeniero; pero creo que todo esto, como el muelle de Laredo, como la realizacion del plano de la ciudad de Vigo, como tantos otros proyectos de especie análogas, quedarán por ahora en ciernes sin llegar á su complemento. No obstante lo que llevo manifestado, Castro-Urdiales es un pueblo pequeño; la vecindad de todo el distrito municipal no pasa de unas 3000 y pico de almas. Una porcion numerosa de los naturales del país se dedica a la pesca: hay gremio de navegantes y pescadores, compuesto de cerca de 500 individuos que tripulan 80 lanchas sin cubierta. La ordenanza vigente de matriculas de 1802, hace espresa mencion de este puerto concediendo á sus marineros matriculados un privilegio raro de que no gozan los demas de la nacion, y es que en las convocatorias de leva para la real armada, solo estén obligados á contribuir numéricamente permitiéndoles ademas la sustitucion, como se ejecuta en los quintos para el ejército. En cambio no poseen el fuero de marina como en las demas provincias; sabido es que donde quiera que un matriculado tiene que presentarse en juicio contestando á una demanda ó acusacion, lo hace ante el ayudante de marina, por via de comparecencia ó juicio verbal, ó ante el comandante del tercio naval, ó gefe del departamento segun los casos y las circunstancias. En Castro no es asi; un matriculado tiene que apersonarse á responder ante juez de primera instancia, no menos que lo haria un terrestre paisano.

La pesca es por consiguiente la industria principal y mas lucrativa y el comercio mas seguro de estos moradores. Suben á muchos miles los quintales de varios pescados, entre ellos de bonito que el mas abundante, de merluza, de besugo, sardina y chicharro, que se cogen cada año; y se esportan á lomo por las recuas de los maragatos y arrieros que lo conducen á Madrid y otros muchos lugares de Castilla, en particular á Burgos, Aranda, Rioja, etc., á lo cual contribuye la carretera de Castro y Balmaseda hasta aquella ciudad. Hay fábricas de salazon, y de escabeche que proporcionan una riqueza sólida á sus dueños, que generalmente suelen ser

los mas acaudalados de la comarca, agregando á estos algunos comerciantes ó propietarios que han hecho su fortuna en América, entre quienes está repartido el dinero, y por tanto el poder y la influencia.

En los dias en que se ha pescado, se llevan despues del anoche- cer las fábricas de mugeres, que se ocupan hasta el alba en las labores y faenas de la limpia, escamadura, salazon y escabeche, constituyendo esto una especie de velada que incomoda á los vecinos de aquellos establecimientos, con una música vocal no nada agradable, por ser compuesta de voces un tanto desafinadas y aguardentosas, de las nereidas que nocturnamente se reúnen.

Esta clase de vida es en parte la causa de que la juventud femenina de Castro no quiera servir en las casas de los particulares, sino que prefiere el trabajo en los escabeches ó el tráfico de pescado que compran fresco y le llevan á vender á los pueblos limítrofes, formando cuadrillas de 10 á 12 que caminan á paso de Luchana, contando reciprocamente anécdotas y pasajes curiosos y divertidos, acompañados de una accion tan espresiva y marcada, que pudiera servir de modelo á los que estudian oratoria: por eso ha dicho un escritor francés, que se aprendian mas figuras de retórica en una riña de verduleras, que en todos los libros de los preceptores; y eso que no sé si dicho señor presencié algun diálogo acalorado entre damiselas del rastro ó entre los personajes que viven en la casa de Tócame Roque en esta corte. Y con este motivo naturalmente tengo que hacer algunas observaciones acerca de las costumbres de los habitantes de esta villa. En el ayuntamiento consta como parte de su presupuesto, la asignacion que se da al tamborilero público; lo propio sucede en casi todos los demas distritos de la Montaña. Este oficial concejil es un músico antiguo, ó un veterano de regimiento, ó un labrador, ó cualquier otro sugeto que puede cogerse aquella plaza, que poco trabajo da á quien la desempeña; circunstancia por la cual no se desecha con facilidad, sino que se pretende; cosa nada estraña en este siglo y en este pais en que la empleomania es el carácter distintivo y prominente. Sucede á veces que el tamborilero no es el mas digno, ¡flaquezas humanas! bien es verdad que para lo que tiene que hacer, cualquiera sirve. El tamborilero tiene que ejercer su destino en los domingos y restantes fiestas de guardar. Aparece por la mañana temprano saludando á los conciudadanos que todavia se hallan en cama; á guisa de canario, tocando el pifano con su correspondiente acompañamiento; porque es de advertir que este empleado ejerce á la par dos cargos, el de tamborilero y el de pifanista ó flautista; él lo hace todo; aqui no hay incompatibilidad de profesiones. Ciertamente no cobra por todo mas que un sueldo; no se practica lo mismo en algunos puestos y regiones, y respecto de algunos sugetos. La reunion de ambos instrumentos tocados por una sola mano y bajo una sola direccion produce mas armonia: es como un negociado que dividido en dos, se destruye su unidad y manejo, y gobernado por uno solamente, marcha mejor. Por manera que el dios Pan cumple su mision durante la mañana, con andar tocando de tiempo en tiempo y por las calles, haciendo las paradas que conceptua oportuno. Llega la tarde y entonces es cuando entra en el lleno de sus funciones: se aglomera la gente en la plaza, que es de forma bastante regular y espaciosa, delante de la casa consistorial; empieza la bulla y la algazara; se espera con impaciencia; parece que un gran espectáculo va á tener lugar; se duda si habrá una mision religiosa, ó si se presentará algun orador á perorar al pueblo. Pues nada de esto: se aguardaba la llegada del tamborilero y el comienzo del baile, entremezclado de fandango, seguidillas y zorzico; continuando los bailarines y bailarinas con entusiasmo y perseverancia hasta el toque de oraciones. La plaza se convierte en un palenque en que á portia cada uno demuestra sus conocimientos y disposiciones coreográficas; se asemeja á un circo en el cual todos los concurrentes estuviesen picados de la tarántula. El orfeo municipal es el primer papel; á sus ecos melodiosos se mueven y brincan los jóvenes de ambos sexos, ardientes y juguetones, ó descansan y cobran nuevos bríos. Entiéndase que esta diversion es única y exclusivamente del pueblo bajo, ó sea de marineros, artesanos, criadas de servicio, etc. Con respecto al baile de las señoras me ocuparé mas adelante. Con dificultad se falta al sarao de la tarde; será un pesar no asistir á él. Las muchachas abandonarán todos sus quehaceres antes que perder el bailoteo dominical. Entre las tonterias y mentiras que los estrangeros dicen de nuestra nacion, recuerdo haber visto en una «Guia en España» escrita en Francia, la noticia siguiente: «los españoles son tan aficionados al fandango, que donde quiera que le oigan, empiezan á bailar aunque sea en una iglesia ó tribunal.» Esta ridicula exageracion casi podia aplicarse á la clase del pueblo de Castro, de que ahora estoy hablando.

Hay tambien dos músicas de jóvenes de la villa; una representa la aristocracia y otra la democracia: por consiguiente entre ellas existe rivalidad. Una es el partido Tory y otra el Whig; son los Guel-

los y los Gibelinos; las facciones verde y azul, del imperio de Justiniano. No es posible entre ambos cuerpos filarmónicos avenencia ni reconciliacion. Es un sueño dorado, si bien un deseo laudable, pensar siquiera que desaparezca el antagonismo, la competencia y el espíritu de partido en todas las instituciones humanas; donde hay dos hombres, hay desde luego dos partidos.

Es notable que haya dos orquestas militares en una poblacion tan reducida: esto indica los hábitos y las costumbres de sus moradores, generalmente amigos de toda especie de diversiones, animados y alegres, de un caracter igual á los vascongados con quienes estan confinando y mantienen mútuas comunicaciones, formando asi contraste con algunos otros pueblos de la provincia, en donde falta la agitacion y la vida. Esta aficion á la música no puede menos de influir un tanto en el trato y en el modo de vivir de las gentes: y sin recurrir á la eficacia y á los resultados de la música en las antiguas repúblicas, aun en las leyes y en el gobierno; se observa en Castro que los crímenes son raros, sobre todo el homicidio, el asesinato y otros de igual gravedad, y hasta los marineros no son quimeristas, ni se embriagan ni se dan puñaladas como sucede en otros puertos de la Peninsula.

Los bailes de las personas de buen tono suelen instalarse en una plazuela, donde está una fuente y hay árboles enfrente á la dársena; ó sino en los soportales de la plaza mayor, sitios ambos que sirven de paseo en las noches de verano. Con bastante franqueza, al aire libre y con gran concurrencia se celebran estos *rouls* á los que asisten las bellas y elegantes de la villa, y tambien las muchas personas que por la temporada de baños permanecen allí para tomar los de mar, á cuyo objeto van de provincias distantes y aun de la corte; de manera que á veces en los meses de julio y agosto trabajo cuesta hallar habitaciones y posadas en que alojarse.

A pesar de esto, el sitio para los baños de mar es poco á propósito; es una casita hecha provisionalmente de madera con varios departamentos en medio de peñascos á donde llega el agua en la pleamar; fuera de este parage apenas se encuentra otro menos incómodo alrededor del pueblo, puesto que por todos lados está guarnecido de peñas y rocas á cuyo pié hay una gran profundidad y las olas sacuden sus espumas con mucha fuerza. El mejor es junto al hospital, lejos de la villa, como un octavo de legua, en el arenal, en cuyo espacio pueden tomarse muy bien los baños de oia, que de poco acá se han ido introduciendo de moda.

El aspecto del océano es imponente en este puerto. Casi nunca está apacible y tranquilo; parece el alma de un hombre violento, avasallado por pasiones tumultuosas. Casi nunca se ven aqui las ondas serenas y con un movimiento dulce y acompasado venir unas tras otras á espirar en la playa. Siempre olas embravecidas, estrellándose con estrepito; ordinariamente oscuras y turbulentas como la atmósfera que reflejan. A veces despunta el dia con una mañana deliciosa; los mareantes aparejan sus lanchas para ir á la pesca, salen en formacion á modo de una flota; pero no bien se alejan del muelle, no bien doblan el peñon donde está la ermita de Santa Ana, soplan los vientos, se ennegrece el horizonte, se revuelven y se levantan las aguas, se arma la tempestad, y los pescadores tienen que refugiarse al puerto, resignándose á perder todo el dia que pensaban explotar con sus faenas. Y las lanchas que á su partida iban ufanas con sus velas desplegadas, se retiran adentro de la dársena, en la cual quedan arrinconadas, un tanto semejantes á una familia rica y opulenta que muestra su grandeza, y que luego se ve sumergida en la indigencia y la oscuridad por algun contratiempo de la fortuna.

La temperatura de esta villa es sumamente vária; generalmente húmeda mas que en ningun otro distrito de la montaña. En los dias mas calurosos del estio, suele de repente bajar el termómetro á 48 grados, y los vientos fuertes que dominan, comunmente el Sur, son pegajosos como neblina.

Entre los objetos y monumentos curiosos deben contarse el castillo y la iglesia, ambos por su antigüedad y ésta por su arquitectura: sin embargo en este concepto no merece una atencion singular. Dicen que el castillo, llamado Castro antiguamente, dió el nombre á la villa: Urdiales es un barrio cerca de las afueras; de ahí se formó Castro de Urdiales. Dentro de la iglesia y detrás del altar mayor hay una capilla, en la que se ve una hermosa elicie del Santísimo Cristo de la Aparicion, de tamaño natural, pintada al óleo, que segun los inteligentes en la materia, tiene gran mérito artistico. Al lado de dicho altar mayor hay otra capilla con la imagen del Santísimo Cristo de los Remedios, tambien de tamaño natural y de una escultura perfectamente acabada.

Entre las producciones naturales merece especial mencion el chacoli, que es de la mejor calidad que se hace en la Montaña, escepto el de Potes que le lleva ventajas, segun he espuesto antes de ahora. No obstante en el partido de Castro no es igual en todas partes; el de Sámano, Guriezo y Orrión no es tan bueno como el de Cérdigo, Islares

y de la misma cabeza de partido. Además este territorio contiene muchas minas de hierro, de galena, plátiferas y otros minerales; lo que da motivo á que abunde también en ferrieras. La principal de ellas es la que existe en el lugar de Guriezo; está montada á la moderna, con hornos de fundición y cilindros. Sirvió para la construcción de cañones del ejército de Don Carlos y después fué destruida. Poco tiempo há que ha sido restaurada y reedificada por una sociedad de capitalistas españoles y extranjeros, y ahora fabrica herrajes de todas clases y figuras.

Una de las distracciones mas capitales y características de esta provincia, como de todas las demas de la costa de Cantabria, es la de las romerías que se celebran durante el verano; entre las mas afamadas se cuentan la del Cármen, en las cercanías de la ciudad de Santander y en Sopeña, partido de Cabuérniga; la de San Pedro en Mazcuerras, idem; la de la Aparecida, en el partido de Laredo; la de los Mártires, en el de Ramales; la Virgen de la Balbanera, en San Vicente; y otras muchas cuya enumeración seria prolija é interminable.

Un autor muy leído en el siglo anterior, y actualmente casi olvidado, llamaba *ramerías* á las romerías. Cierto que estas reuniones tan numerosas ofrecen motivos y recursos á la crápula y á la disolución. Cierto que en varios puntos de España suelen concluir con palos, navajazos y aun muertes. Cierto que pueden distraer de las labores agrícolas á los habitantes de los campos. A pesar de estas reflexiones creo que las romerías en un país pacífico y laborioso como las montañas de Santander, no causan aquellos desagradables resultados. En cambio proporcionan algunas ventajas: fomentan el tráfico y consumo de varios artículos que se crían ó manufacturan en la comarca; favorecen el trato y á la sociabilidad por medio de esos *meetings* religioso-profanos celebrados periódicamente; sirven para espaciar el ánimo y alegrarse, dando treguas á la tristeza y al aburrimiento, en especialidad para los moradores de aldeas, villorrios y caseríos donde las relaciones son pocas ó ningunas. Y por último, las romerías, no menos que cualquier otro divertimento, satisface este deseo, casi innato de los hombres, de bromas de todo género: el pueblo romano pedía pan y espectáculos; el pueblo español pide pan y toros; y todos los pueblos quieren regocijos sean buenos ó malos, quieren grandes asambleas, grandes juntas, ora se trate de oír á O'Connell, ora de asistir á un hipódromo ó á un circo olímpico, ya sea una compañía ambulante de animales irracionales, ya un combate de gladiadores ó de fieras. Son las horas que consagramos al solaz y al esparcimiento, para desentendernos mientras tanto y como se pueda, de las incomodidades y de los sin sabores que nos afligen. He tenido el gusto de hallarme en algunas de estas romerías, y me han ocurrido algunas reflexiones.

Una romería es anunciada con mucha anticipación por los aficionados. Las mujeres son las que mas preparativos hacen al efecto: una se corta un vestido; otra encarga un sombrerillo; ésta compra un lujoso pañuelo; aquella piensa estrenar unos pendientes. Hay persona que seis meses antes se ocupa en arreglar el viaje al santuario y todo lo demás que concierne al día de la zambra; así como no hace mucho en España, que habia ciudadano que para salir de su casa y trasladarse á diez leguas de distancia por unos cuantos meses, estaba muy azorado desde dos ó cuatro meses antes, poniendo ropa en la maleta y despidiéndose de sus amigos. Un día de romería es deseado, cual una joven soltera está esperando casarse; cual un jugador querría todo el dinero que atisba en una banca; cual una buena madre pretende que sus hijas contraigan matrimonio con sujetos de provecho. Llega en fin el momento feliz de ponerse en marcha, y entonces empieza la peregrinación por todas las cercanías. De una y otra parte van desembocando oleadas de creyentes, cuyo mayor número no se acuerda de que se dirige á rezar á un santo. Cada uno abraza sus intenciones y miras particulares; ó para tener un rato de broma, comer de campo, hacer ejercicio, etc; ó para hacer el amor á determinada prójima. Entre los paisanos la principal diversion es estar bailando con furor por espacio de horas enteras, dando sendas patadas y coeces; haciendo mil visajes y contorsiones y rebuznando á su modo, segun los usos y los ritos de cada lugar. El tamborilero municipal está peregrino en medio del holgorio cumpliendo su misión armónica. Cuando la romería es de tono y de fama, en tal caso las señoras tienen también sus entretenimientos conforme á su clase; pero si la romería es de poco nombre, entonces toda la algazara es para la gente de menor cuantía, en tanto que las señoras se contentan con estar sentadas mirando los diferentes bailes de los lugareños al son de un chirriante violín ó de una guitarra con mas remiendos que capa de pobre, de algun ciego ó anónimo tronado que vive sobre el pais.

Todo esto no es incompatible con la devoción y religiosidad de muchos romeros que llevan por objeto capital adorar al santo de la fiesta. Otro de los puntos mas atendibles de esta última, es la gastronomía: fuera una cosa muy tonta descuidar esta parte de la diversion. Como decia Figaro ¡hay que celebrar algun mis-

terio? pues comamos; el estómago se encarga de solemnizarlo. Esto sucede en todos países y en todas épocas. Una perspectiva variada ofrecen en la romería las mesas y las fondas improvisadas al pié de un árbol bajo la frondosidad de las ramas, á la orilla de un arroyo en medio de los calores del estío, convertida una gran robleada en un templo de Baco, en donde no se oyen sino ocurrencias graciosas, bromas ó brindis y una algazara general: es un recuerdo de las antiguas fiestas de los romanos, aunque las nuestras nada tienen de inmoral ni reprobado. Cada uno se esmera en que su respectivo banquete sea espléndido; cada lugareño hace un sacrificio en aquel día por mas que lo pase mal en lo restante del año. Así como en esta villa coronada es costumbre inmemorial que aun los mas necesitados han de comer besugo, mazapan y turrón la noche buena, tocar la zambomba, los niños la chieharra; el día de san Isidro comer los buñuelos; la víspera de san Juan ir á la verbena, etc.

Hay ciudadano que no habla una palabra en todo el día, que no hace mas que andar mirando hecho un majadero: y sin embargo dice que se divierte, como aquel que vá de máscara y después de haber estado durmiendo profundamente, se despierta diciendo: «¡qué bromazo hemos corrido!» punto menos que el cazador á quien dejaron sus compañeros metido entre la nieve, y á las preguntas que le dirigian, contestaba: «dicen que me divierte.» En todos sitios acontece lo propio. Nunca falta en las tertulias algun lítere que está reparando el dibujo del papel pintado cuando le hablan, ó que permanece como una estatua de rinconera, ó en medio de dos parejas amantes que aprovechan el tiempo, y de cuando en cuando le llaman la atención con un «¿no es verdad, don Fulano? es V. muy amable.»

En todas las provincias del Norte las romerías se suceden sin interrupción durante el verano, y forman las principales diversiones, así como en las del mediodía lo forman las ferias.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡ Cuando el río suena!

El primer ayudante encontró á nuestro comandante ya vestido é inquieto por demas, asomándose de continuo al balcón de su cuarto, con signos de visible impaciencia; y fué recibido, no cual suelen serlo los encargados de tales misiones como la suya, sino como un ángel libertador. Tanta amabilidad como la de Almazan no pudo menos de sorprender al *ministil* de la justicia militar, mas habituado á las quejas y aun á las groserías de los pacientes, que á lisongeros cumplimientos; pero con sorpresa ó sin ella, porque el ayudante de plaza es una máquina impenetrable, significó al comandante que quedaba arrestado en su casa bajo palabra de honor, sin que por ningun pretexto le fuese licito salir de allí hasta nueva orden de sus gefes.—«Digale V. á S. E., contestó Almazan, que me tiene tan seguro y mas, que así estuviese en una fortaleza; y que no solo no quebrantaré el arresto, sino que á nadie recibiré en mi casa.»—Perdone V., mi comandante, replicó asombrado el ayudante, pero el general no me ha dicho nada de incomunicación.—No importa, no importa, repuso Almazan, yo me incomunico.—El hombre tenia para ello sus razones, y no hubo quien de tal propósito le apartase.

Sotopardo estaba aun en la cama, durmiendo á pierna suelta, cuando se presentó á prenderle el segundo ayudante de plaza, quien con militar laconismo le significó la orden de que era portador.

«Está bien, dijo después de oírle el preso: tómese V. la molestia de pasar á la sala, que voy á vestirme.—Lo siento, contestó el ayudante, pero se me ha mandado no perder á V. de vista ni un solo instante, hasta entregarle en la prevención de su regimiento.

El Capitan general conocia á los hombres: contentándose con arrestar en su casa á Almazan, hacia prender severamente á don Carlos; y la razon se alcanza fácilmente: para no batirse, bastábale al comandante el mas leve pretexto; para impedirle á Sotopardo que lo hiciese, no estaba de mas precaucion alguna.

Nuestro Capitan fué, en consecuencia, conducido á su cuartel, y preso é incomunicado por el momento.

Por lo que respecta al Marqués, que estaba tirando al florete con los que habian de ser sus padrinos cuando se le presentó el tercer

ayudante de plaza, el negocio ofreció al principio sus dificultades.

«Yo no soy militar, decía el joven titulo; váyase V. por donde ha venido, y déjeme en paz con mil de á caballo.»—«Señor marqués, replicaba el ayudante, yo no conozco mas que mi consigna; el General me manda conducir á V. S. á su presencia, y eso ha de ser.»—«Veamos cómo, exclamó furioso el de Motril; si V. no se larga, le arrojé por la ventana.»—Señor marqués, volvió á decir impasible el ayudante, no empeore V. S. su causa, y sígame.—Le digo á V. que no me da la gana.—¡Resueltamente?—No me rompa V. la cabeza, con dos mil demonios, y váyase, vuelvo á decirle, si no quiere que le tire por el balcon.—En tal caso, lo siento, pero usaré de la fuerza. ¡Hola, muchachos, adentro!»

El tercer ayudante, que era hombre tan ducho en su oficio, como cuerdo y prevenido, adivinando que el señorito opondría alguna resistencia, se habia hecho acompañar por dos ordenanzas, robustos granaderos, que á su voz y con el sable al lado penetraron en la estancia del rebelde marqués. La presencia de los dos soldados y las reflexiones de sus dos amigos los padrinos le resolvieron, en fin, á obedecer la orden del Capitan general.

Conducido, pues, á su presencia, oyó de la boca de la autoridad militar cuanto ocurría, y convenciéndose de que en vez de tener motivo de queja, estaba en la obligacion de agradecerle sus buenos oficios. Prestóse, en consecuencia, el Marqués á dejar á Sevilla en el acto, y permanecer ausente de la ciudad algunos meses. Por forma, mas que por otra cosa, quiso el general exigirle su palabra de honor de no batirse con Almazan ni con Sotopardo.—«En cuanto al primero, respondió el joven, me parece que costará sus dificultades sacarle al campo; por lo que respecta al segundo, mucho me engaño si, apenas le sea posible, no me busca; y en ese caso... En fin, mi General, V. que es militar y hombre de honor, no querrá ponerme en el conflicto de faltar á mi palabra ó quedar mal puesto.»

Dióse el General por satisfecho, salió el Marqués de Sevilla, y por entonces conjuróse aquella tempestad, ó mas bien dilatose la tormenta, pues las nubes continuaron aglomerándose, y el horizonte presentando un aspecto cada instante mas amenazador y sombrío.

Ni podia suceder humanamente otra cosa: en una ciudad de provincia el arresto de un gefe de la guarnicion, la prision del hombre á la moda, y el destierro de un marqués, no son acontecimientos que pasan desapercibidos y sin comentarios. La sociedad se apoderó de ellos como de legitima presa; recordáronse la posicion de Almazan en casa del Conde, las pretensiones no disfrazadas del de Motril, y la intimidad en que se habia visto á Sotopardo con Laura hacia el fin del baile, y se convino unánimemente en que la coquetería de la Condesa y el *calaverismo* de don Carlos eran el origen de aquel conflicto. Almazan fué considerado como victima; el Marqués poco menos, y la irónica compasion que completa siempre la infamia de los maridos, cupo en suerte al desdichado conde de San Justo. Por abstraído que éste viviese de las intrigas amorosas y de las murmuraciones de salon; por grande que fuese en Laura su confianza, y ya entonces su fé en ella á vacilar comenzaba, era imposible que el acontecimiento á que nos referimos no le llamase la atencion; y en efecto, tanto se la llamó, que sin decir nada á su muger, fuese á ver al Capitan general, su antiguo amigo y compañero, para inquirir de él lo cierto en el negocio, al tercer día del arresto de los dos oficiales.

Sabia el General lo que todos en Sevilla, y deploraba amargamente en el fondo de su corazon la suerte del venerable Conde: pero era caballero, y como tal incapaz de la infamia de abrir los ojos al que solo ciego podia ser dichoso, y de perder al mismo tiempo á una infeliz muger, mas desdichada que culpable, al menos á los ojos de los indiferentes, que comparando la vejez ajada del marido con la bella juventud lozana de la esposa, no podian en realidad ser jueces muy severos de la última. Toda la sociedad conspira á engañar á los maridos; y estamos casi por decir que hace bien, pues el mal de los engañados no comienza hasta que el desengaño les hace conocer su desdicha.

Como quiera que sea, el Capitan general dijo al Conde:

—Parece, amigo mio, que el marqués disputó á Sotopardo no sé si un wals ó una contradanza; que Almazan intervino torpemente para poner paz, y que de resultas trataban de batirse, cosa que yo les hubiera dejado hacer á sus anchas; pero intervinieron los *golillas*, ya tú los conoces, y he tenido que hacer el Nerón.

—¿Y esa contradanza ó ese wals (replicó San Justo ya picado de la vivora de los celos) con quién habian de bailarse? No sería extraño que fuese con mi muger.

—No lo creo, Conde; nadie ha tomado, ni en mi presencia se atreverá á tomar en boca á la Condesa: pero aun cuando así fuese, ¿Ella qué culpa pudiera tener de las locuras de esos botarates?

—En realidad ninguna: mas el mundo es inexorable con las mugeres, y sobre todo con las mugeres de los viejos.

—¿Darias ahora en ser celoso?—Serías injusto, tu muger es una

linda muchacha que gusta de lucir la persona y de divertirse: nada mas natural; pero al mismo tiempo honrada y juiciosa.

—Hace bien Pepe, porque síno....

—Vamos, Rodrigo, un poco de juicio: á nuestros años las cosas no se toman ya de esa manera. Tu muger es buena, lo repito; solo si te empeñas en tirar demasiado de la cuerda....

—En fin, ¿tú me aseguras que no se ha hablado de ella en este lance?

—Nó, al menos que yo sepa.

—¿Tu palabra de honor?

Un instante vaciló en responder el bueno del Capitan general, porque, en realidad, constábase que, como vulgarmente se dice, todo el mundo le colgaba á Laura el milagro de aquella aventura; y dar su palabra de lo contrario era perjurio á sabiendas cometido. Sin embargo, puestas en un plato de la balanza la tranquilidad de un venerable anciano, de un amigo de su juventud, con el sosiego y acaso la vida de una muger bella, y en el otro los escrúpulos del pundonor, pesaron mas aquellas consideraciones que estos, y el General respondió resueltamente:

—«Mi palabra de honor, Rodrigo.»

Con lo cual el Conde, que por salvar la vida á su propio padre, si para ello solo resucitase, no diera en vano su palabra, retiróse tranquilo á su casa.

Almazan y Sotopardo recobraron su libertad á los quince días de arresto, y, como de su deber era, fueron á presentarse al general.

El primero, deshaciéndose en espresiones de gratitud, añadió para terminar su jaculatoria:—Y por mi parte puede V. E. estar seguro de que en ningún tiempo faltaré á la pragmática....—Está bien, le interrumpió el General, mirándole con el mas soberano desprecio: ya eso me lo figuraba yo.—Y volvióle la espalda.

Para colmo de ignominia, Laura, y en ello de acuerdo con su marido, le escribió diciéndole que, con el fin de evitar habillitas, creia conveniente que por algun tiempo cesase de favorecer la casa con sus visitas.

Sotopardo se presentó á su gefe con subordinacion, pero con dignidad, y fué recibido cortés, aunque severamente.

—Señor don Carlos, le dijo el General, en poco tiempo, y tanto en la corte como en Sevilla, ha tenido V. varios lances, ruidosos todos, y quizá por la fama exagerados: es preciso que trate V. de vivir con gran prudencia, si no quiere perderse de reputacion, y aun comprometer su carrera, á pesar de las prendas de caballero y buen soldado que no pueden negársele.

—Mi General, contestó con entereza el interpelado, V. E. exagera tanto mi escaso mérito, como la fama mis desdichadas aventuras: mas, en todo caso, no olvidaré nunca ni la indulgencia con que me juzga como soldado y caballero, ni las amonestaciones de V. E.

—Lo espero así; y ahora un consejo, no de General, sino de caballero á caballero, del viejo al joven.... Digo, si V. quiere admitirlo.

—Lo oiré, mi General, con respeto y gratitud.

—Y yo lo daré en breves palabras. Señor don Carlos: si no quiere V. emponzoñar su vida con inestinguibles remordimientos, respete el reposo y la honra de... es inútil pronunciar nombres propios.—El caballero ha cumplido su obligacion; si sus advertencias son desoídas, el General sabrá usar de su autoridad.»

Si el General hubiera conocido bien á fondo al Capitan, omitiendo la última frase de su breve y juicioso discurso, consiguiara que el resto produjese mejor efecto: pero amenazar á Sotopardo era precipitarle en vez de contenerle.

Como quiera que sea, el lance con que sus amores principiaron, hizo cautos á Laura y á Sotopardo, que á costa del sacrificio para ellos inmenso de no verse sino muy de tarde en tarde, y eso con esquisitas precauciones, y de imponerse el martirio de tratarse ostensiblemente con la mas severa etiqueta, lograron que el público en general apartase de ellos la atencion, y hasta que se creyese que lo ocurrido en el baile no habia pasado de coquetería por parte de la Condesa, y aturdimiento por la del Marqués y Sotopardo.

Dos personas solas pensaban de distinta manera que el resto de la sociedad sevillana: Almazan y Matilde, primero unidos por los vinculos de una comun venganza, á poco por adúlteros lazos, sin amor en ella, sin mas que brutal deseo en él. Pero la naturaleza los habia formado al uno para el otro, y, amen de eso, no tardó mucho el crimen en hacer su union poco menos que indisoluble.

Matilde, pues, y Almazan espiaban continua aunque infelizmente á los dos amantes. Laura en nada habia alterado su anterior sistema de vida, mas que en desembarazarse de su obstinado page y desdeñado adorador; Sotopardo, afectaba tambien la manera de ser de un hombre libre de todo compromiso. Esceptuando á Matilde, veíasele galante y obsequioso con todas las bellas de la sociedad; jamás faltaba á los paseos, teatros, tertulias y saraos, estuviese ó no

en ellos la Condesa; y con esta ni pasaba, ni dejaba de llegar á los límites del trato cortesano. Si se entendían ¿Cómo?— si se veían ¿Dónde?—Imposible averiguarlo: mas para Almazan y Matilde era indudable que Laura y don Carlos se entendían y veían á solas.

Tres ó cuatro meses burlaron así los dos amantes la vigilante y enconada suspicacia de sus dos enemigos: pero ¿á costa de cuántos riesgos y privaciones!

Habitaba el Conde una gran casa, que bien pudiera nasar por palacio, la cual constituía el frente principal, y no menos que la cuarta parte de un macizo de edificios, cuyo conjunto formaba lo que suele llamarse una *isla ó manzana de casas*. Como en Sevilla los patios son una absoluta necesidad, atendido el calor del clima, tienenlos todas las habitaciones, y así también las manzanas ocupan una superficie mucho mayor que la que relativamente ocupáran en cualquiera otra ciudad, de Castilla, por ejemplo.

Aprovechando esa circunstancia, alojóse Sotopardo á espaldas del Conde, y tomando para él una casa entera, singularidad en un militar soltero que, como él era rico y los inquilinatos no caros en Sevilla, á nadie llamó la atención. La morada del Conde no tenía ventana ni punto alguno de comunicación ostensible con la de Sotopardo; las calles eran distintas; nunca el Capitán pasaba por la del General, tampoco se retiraba antes de pasada la media noche, ni dejaba de acudir diariamente, como lo dijimos ya, á los puntos habituales de reunión, sin perjuicio del cumplimiento de sus obligaciones militares, en que era no solo exacto sino celoso; á mayor abundamiento ibase con gran frecuencia al campo á pasear á caballo de manera que todo el mundo le viese. ¿Quién había de sospechar que hubiese escogido aquella casa solo para entenderse con la Condesa? Ni á Almazan, ni á la misma Matilde se les ocurrió tal idea; y sin embargo era así: Sotopardo había hallado medio de ponerse en comunicación con Laura sin comprometer su fama.

Las noches sin luna, las lóbregas y tempestuosas, eran para don Carlos las únicas buenas del año; entonces, y cuando Sevilla entera reposaba, él, ligeramente vestido, aunque bien armado, sin que ni sus asistentes mismos pudiesen advertirlo, de azotea en azotea, salvando pretilles, escalando los desniveles, y saltando vacíos que aterraban á quien su corazón y amor no tuviese, llegaba á la azotea de Laura, en donde la delicada, elegante y rica dama, le esperaba descalzo el pie menudo, y mal envuelta en una bata, y tanto mas satisfecha cuanto mas encapotado el cielo, aterradores los truenos, y abundante la lluvia; y en una corta hora de dulce intimidad, le daba á él y cobraba ella también fuerzas, para soportar las futuras inevitables privaciones.

Y, sin embargo, aquellos dos desdichados se creían felices: la vejez del Conde y la mala educación de sus primeros años escluían de la mente de Laura hasta la idea del remordimiento—si es que hay mujer que cuando de veras ama los tenga. En cuanto á Sotopardo ¿á que hombre joven, apasionado, correspondido, y capitán de caballería, que ha hecho seis años de campaña además, se le ha ocurrido nunca escrupulizar en tales casos?—Amábanse de veras, si la suerte los colocara en otras circunstancias hubieran podido unirse legítimamente y ser felices. El Destino fué con entrambos implacable, y la moral que ofendían, vengóse con crueldad sobrada.

Tres ó cuatro meses, ya lo dijimos, pararon de tal suerte; al cabo de ellos un acontecimiento, en sí sencillo, y de la voluntad y juicio de todos los interesados en esta historia independiente, fué causa ocasional de la catástrofe que el lector conoce, si ha leído y recuerda los *Dos desenlaces de un mismo drama*.

Murió el dueño de la casa que habitaba Sotopardo: repartieronse sus bienes entre varios herederos; tocole la habitación de nuestro Capitán á un *quidam* que quiso vivir en ella; y como no había escritura de por medio, tuvo el amante de Laura, muy mal su grado que desalojarla en breves días. Tan simple suceso trastornó todos los planes de los dos amantes, porque no se halló casa, ni era fácil que se encontrase, con las circunstancias de la que perdían; y so pena de renunciar á entenderse, había que acudir á otros medios, que no podían dejar de ser los por comunes ya conocidos, y por tanto peligrosos.

El amor es, además, como la ambición y la codicia: cuanto mas tiene á mas aspira; y como, á mayor abundamiento, la fortuna los había hasta entonces protegido, creyeron los amantes que podían contar siempre con sus favores; funesta ilusión que fué causa de su ruina!

XX.

Catástrofe y sus consecuencias.

Después de largas reflexiones y penosas dudas, escogieron Laura y Sotopardo un pésimo camino sin duda alguna, mas también el úni-

co para su situación posible; que eso tiene la culpa de malo, engendrar otra y otras, hasta que el conjunto de todas acaba por abrumar al culpable.

Para evitar el que, viéndose de una manera ostensible, se fijase en ellos la atención pública, decidieron á tener un confidente, y como Laura no quisiese de modo alguno ponerse á merced de sus criados, y menos aun revelar su secreto á muger ninguna de la sociedad, la elección recayó en el teniente de Sotopardo, buen muchacho, reservado, pundonoroso, y que profesaba á su Capitán el mas entrañable afecto. Don Rafael de Betanzos, que así se llamaba el tal Teniente, era uno de tantos hombres como en el mundo se encuentran, ni bellos ni feos, ni discretos ni tontos, ni ignorantes ni instruidos, y que pasan y se ven sin dejar huella ni recuerdo. Sales neutras de la sociedad, ni dan ni reciben olor, color, ni sabor; fondo de la tapicería, sirven solo para destacar las figuras de la historia que aquella representa; comparsas del drama social, obran cuando se les busca, y no estorban cuando no se les necesita. Desempeñó, por tanto, su papel de correo con prudencia y puntualidad: oyenlo y olvidando en seguida lo que se le decía; no procurando jamás indagar el misterio que se le ocultaba. La elección, pues, fué excelente, pero la correspondencia no podía ser mas que un medio para concertarse, ni el concierto tener otro fin que el de verse, de tarde en tarde seguramente, pero verse al cabo. La Condesa, por consiguiente, tuvo que alterar alguna vez que otra su método de vida; que salir sola; que detenerse fuera sobrado tiempo; y el público, que no tiene que hacer otra cosa que ver lo que no le importa y comentar malignamente lo que vé, vió y comentó, usando y abusando de su derecho.

¡Figúrese el lector si, viendo el público, verían Almazan y Matilde! En breve aquella pérdida pareja tuvo seguridad de la inteligencia clandestina de los amantes, y de que Betanzos era su confidente. Su primer plan fué hacer hablar á éste: toda la astucia del comandante se estrelló contra la honrada cautela del fidelísimo teniente.—Matilde se encargó de la segunda batería, lanzándole sus mas espresivas miradas, prodigando para él lo mas selecto del tesoro de sus seducciones: ¡inútiles esfuerzos! Betanzos estaba enamorado en su país; tenía empeñada palabra de casarse así que fuese graduado de capitán, y no mirara ni á la misma Armida, si seducirle se propusiese.

En tal conflicto se dijeron Almazan y Matilde que era preciso acudir á los extremos, jugar el resto, arriesgarlo todo, en fin, ó resignarse á quedar sin venganza. Como en lo último ni querían pensar, resolvieron naturalmente á lo primero, y hecha la resolución pusieronla por obra sin escrúpulo ni misericordia.

Matilde, por medio de una modista, sedujo á la doncella de su hermana, á quien desesperaba saber que su ama tenía un secreto—¿A qué criada se escapan tales cosas?—y al mismo tiempo que no se la hiciese de él confidenta. Pero la doncella no pudo hacer mas que decir que algunas veces salía sola su señora, sin periodo fijo en las tales salidas, y cada vez con pretexto diferente. Poco era eso, mas como añadió que avisaría, si le era posible, la primera vez que su señora saliese, no podemos decir que robase el dinero que fué premio de su traición.

Por lo que á Almazan respecta, Matilde logró, y nadie mas que ella lo consiguiera, logró, decimos, y no sin trabajo, resolverle á seguir él mismo los pasos á Sotopardo.

Organizóse, en consecuencia, un sistema completo de espionaje contra la infeliz mas que culpable pareja, y al mismo tiempo, por medio de anónimos diestramente escritos al Conde, sembráronse en el corazón de éste la alarma y la desconfianza.

Cada vez que en los anónimos pensamos, danos ganas de maldecir la invención de la escritura; porque entre todas las infames maneras hasta hoy conocidas de hacer daño, ninguna mas villana, cobarde y ponzoñosa conocemos que la de los tales escritos, con deplorable frecuencia usados en nuestra moderna sociedad.

Despreciarlos, se dice, y se dice fácilmente: pero no es posible hacerlo cuando el pérfido instrumento, ó nos revela la verdad que nos estuviera mejor ignorar, ó calumnia con visos de verosimilitud.

No leerlos es el único antidoto que contra ellos se conoce; porque una vez leídos, el mal es ya irremparable.

Así el Conde, luchando consigo mismo, queriendo despreciar los anónimos, indignándose contra ellos, dominándose hasta el punto de no exhalar ni una queja, padecía sin embargo horrible suplicio; porque observando la conducta y porte de su mujer, no podía menos de decirse en toda la amargura de su corazón: «Esta Laura no es aquella de los primeros días de nuestro enlace!»

Callaba, no obstante, padeciendo en silencio; lo cual no estorbó que el Capitán General llamase dos ó tres veces á Sotopardo para intimarle que, si proseguía comprometiendo á la Condesa, sería severamente tratado.

Don Carlos hizo de tales amonestaciones el caso que todos los enamorados acostumbran de cuanto su pasión contraria; y abando-

nándose á ella cada vez mas, así él como Laura, hiciéronse poco menos que públicas sus relaciones.

En tal estado de cosas, una tarde ya despues de anochecido, al acudir á una de las citas de su amada, advirtiéndole Sotopardo que un embozado le seguía obstinadamente, y cansándose de dar vueltas por la ciudad, sin fruto alguno, para libertarse de su persecución, súbito giró sobre sí mismo, y arrojóse como un león sobre el importuno, derribándole con una mano el sombrero, y con la otra quitándole el embozo.

Era Almazan el que le seguía, y tanta fué la ira que al reconocer á su villano gefe se apoderó del amante de Laura, que olvidadas todas las consideraciones, tiró la espada, arrojóla á sus piés, y con la vaina dió al menguado Comandante tantos y tales golpes, que le dejó por muerto en la calle.

El escándalo que semejante escena causaría en Sevilla no hay para que encarecerlo; lo que sí diremos es que hizo la fortuna un milagro en que don Carlos no perdiese entonces su empleo y tal vez la vida.

Salvóle quizá el exceso mismo de su osadía. Apenas hubo terminado el justo castigo de Almazan en presencia de un centenar de curiosos, cuando se fué en derecha á casa del Capitan General, y sin circunquios, sin comentarios, le refirió él mismo y puntualísimamente lo acaecido.

Ya el lector habrá advertido que la autoridad militar de Sevilla era entonces persona de mundo, y que simpatizaba tanto con los hombres de honra y corazon, como detestaba á los cobardes: pero aunque en realidad aprobaba la conducta de Sotopardo, no hizo poco en no mandarle en el acto formar causa, que fuera lo mismo que condenarle á muerte segun el espíritu y letra de la ordenanza.

Tomando, por tanto, un término medio, hizo que en el breve plazo de dos horas saliese don Carlos para *Sancti Petri*, acompañado por un ayudante de plaza, y dispuso que apenas lo permitiese su estado dejara también Almazan á Sevilla.

Entonces fué cuando Sotopardo escribió á Laura el malhadado billete que confió á Betanzos, y que este, con mas desdicha que torpeza, puso en manos de la Condesa, tres ó cuatro dias despues de la salida de su Capitan para el castillo, y precisamente en un baile: que en uno se vieron por vez primera; en otro se pusieron de acuerdo los dos amantes; y en el tercero debía consumarse su ruina.

Laura, por lo mismo que con la ausencia de su amado tenía lacerada el alma, hubo de asistir á aquel baile; y á Betanzos que no había osado en tales circunstancias presentarse en casa de la Condesa, parecióle la ocasion oportuna para entregar el billete.

Quiso la mala suerte que Matilde oyese al teniente decir: «Condesa, tengo un encargo para V.» y á Laura responder: «Pues vaya V. al gabinete que yo le sigo.»

No necesitaba tanto la hija de Milagros para comprender de lo que se trataba, y furiosa con la desgracia de su cómplice, resolvió aprovechar la ocasion que la fortuna le deparaba. Buscó pues, al Conde, y en el momento en que vió que Laura se encaminaba al gabinete en que el teniente Betanzos la esperaba, díjole: «Señor General, la Condesa espera á V. en aquel gabinete donde ahora entra, y le ruega que vaya al momento.»

Saludó el General, como dando gracias á la malvada que acababa de clavarle el puñal en el corazon; corrió al gabinete, ageno de lo que allí le esperaba; y halló, el lector lo sabe, su infamia, la muerte de Laura, y al cabo la suya propia.

Conocemos ya el lamentable fin de la desdichada hija primogénita de don Fadrique de Vargas y de la Camarista, así como el de su esposo el Conde, mas no las consecuencias que para los restantes personajes de aquel triste drama tuvo la catástrofe ocurrida en Sevilla: tal es la tarea que aun nos resta por desempeñar en este segundo cuadro de nuestros estudios.

(Continuá.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LAS TRES PREGUNTAS DE FEDERICO EL GRANDE.

Este monarca, cuando veía algun soldado nuevo entre sus guardias, tenía la costumbre de hacerle estas tres preguntas: «¿Qué edad tienes? ¿Cuánto tiempo hace que sirves en mi ejército? ¿Recibes la ropa y el prás como tú deseas?» Un francés jóven deseó entrar en la compañía de los guardias reales. Su hermosa figura hizo que fuera admitido al instante; pero no entendía el alemán. Su capitan le previno que el rey le haría las tres preguntas de costumbre en cuanto le viera, y le hizo aprender de memoria, en aquel idioma, las tres respuestas que había de dar. Pronto las aprendió, y el primer día que estuvo de servicio, el rey, al pasar por su lado, se detuvo para

interrogarle, pero invirtió el orden de las preguntas y tuvo lugar el siguiente diálogo:

—«¿Cuánto tiempo hace que sirves en mi ejército?»

—«Veinte y un años», respondió el soldado.

—«¿Qué edad tienes?» dijo el rey sorprendido al verle tan jóven y presumiendo que era imposible que hubiera llevado tanto tiempo el fusil.

—«Un año.»

Federico, cada vez mas sorprendido exclamó:

—«O tú ó yo hemos perdido la cabeza.»

—«Uno y otro, señor», respondió impasible el soldado creyendo que era esta la tercera pregunta.

—«Hé aquí la primera vez que me veo tratar de loco á la cabeza de mi ejército, dijo Federico.» El soldado que había agotado su provision de alemán, se calló entonces, y cuando el monarca le dirigió de nuevo la palabra, le confesó en francés que no entendía ni una palabra de alemán. Federico entonces se echó á reir con toda su alma, y le aconsejó bondadosamente que aprendiera la lengua que se hablaba en sus estados, y que cumpliera siempre bien con su deber.

El alcalde de Reims.

Pasando Luis XIV por Reims en 1666, fué arengado por el alcalde, el cual presentándole unas botellas de vino y unas peras esquisitas, le dijo: «Señor, ofrecemos á V. M. nuestro vino, nuestras peras, y nuestros corazones, que es lo mejor que tenemos aquí.» El rey le dió un golpecito en el hombro diciéndole: «Así me gustan á mí las arengas.»

EL COCHERO DE FEDERICO EL GRANDE.

El cochero del rey de Prusia, no pudo dominar un dia el brio de los caballos y volcó el carruage. Federico se encolerizó en extremo y el cochero para tranquilizarle le dijo:

—«Señor, es una desgracia que siento sobremanera, pero.... V. M. no ha perdido ninguna batalla?»

GEROGLIFICO.



Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Albuñola.